

nías, ritmos, técnicas de ejecución, nombres de artistas, descripciones de parajes, observaciones de carácter etnológico referentes a la danza, a la música, al vestuario, a los ritos, a la comida, a la familia y a la vida diaria. Del mismo modo, elaboraba hipótesis y análisis acerca del sentido y el origen de costumbres, fiestas o rituales, sin olvidar, especialmente, su hábito de compartir el gozo con la gente, haciendo patente su admiración y agradecimiento por el virtuosismo que desplegaban los colegas para dejar el registro de su música y tradiciones; pues con ellos, constantemente se identificaba como uno más de ese gremio de trovadores y ministriles populares.

En sus andares por los poblados más apartados de nuestro continente, Samuel Martí integró un archivo con más de cien horas de grabación, que legó para el disfrute de todos. En él, invariablemente, hay una invitación a ser parte de ese espíritu náhuatl que poseen los pueblos del Altiplano y que definen como *netotilliztli*: música y danza de placer y regocijo.

En una época en que olvidar parecía la forma más fácil y aparente de ser modernos, el esfuerzo para salvaguardar la memoria y el patrimonio acumulado en los diversos órdenes del quehacer humano debería ser una tarea cotidiana y de todos. Proteger y conocer el pasado brindan la posibilidad de tender el brazo por encima del tiempo y enlazarnos con todas las generaciones que han sido o serán como nosotros... que a la vez son nosotros, es la única